

DANNY MÉNDEZ. *Narratives of Migration and Displacement in Dominican Literature*. Nueva York: Routledge, 2012.

El objetivo de Danny Méndez en su libro *Narratives of Migration and Displacement in Dominican Literature*, es situar el sujeto diaspórico dominicano a través del análisis de una serie de narrativas –ubicadas a lo largo de los últimos cien años– en las cuales se toma en cuenta la heterogeneidad, la diversidad de la representación y estilización de este sujeto y el alejamiento de una imagen meramente nostálgica de la patria. Igual que muchos otros críticos de la literatura caribeña, el autor entra en un continuo diálogo con Edouard Glissant y su texto *Poétique de la Relation* (1990). Lo novedoso en el análisis de Méndez es que toma las ideas de Glissant como punto de partida para el desarrollo de un concepto propio, lo que él ha denominado “criollización emocional” (*emotional creolization*). Méndez sugiere con este término que el mundo caribeño y norteamericano ha estado abierto a un largo proceso de criollización que no se ha limitado solo a la periferia, sino que ha ocurrido en ambos lados de las narrativas dominicana-americanas, es decir tanto en la República Dominicana como en los Estados Unidos. A lo anterior suma otro concepto, el de “continuidad interrelacionada”, en la que explica cómo la migración no es la primera o única ruptura experimentada por el sujeto dominicano, pues ya antes en su patria caribeña había vivido una ruptura entre las realidades e ideologías raciales de la población. Esta ruptura primera es una base sobre la cual se instala un nuevo efecto migracional que sucede cuando el dominicano llega a los Estados Unidos. Para Méndez la vida del migrante se compone de una serie de rupturas que al final, una vez inscritas en el nivel emocional, producen una identidad cultural y política. Una de las grandes transformaciones que sucede en este proceso es, por supuesto, la diferencia entre las percepciones de la “línea de color” entre República Dominicana y Estados Unidos.

Uno de los hilos que se mantiene a lo largo del análisis es la negación de cualquier categorización rígida y esencialista. Méndez intenta resistir una codificación homogénea de los conceptos de lenguaje, raza, identidad nacional y género/sexualidad; en lugar de ello, apunta a una mutabilidad que resulta del contacto entre distintas culturas y etnias (cuyas definiciones, en línea con la argumentación del autor, tampoco son estables sino mutables entre sí). Esto se aplica sobre todo a la formación de la identidad diaspórica, que se presenta más como un proceso continuo de diálogo y conciliación de elementos que se originan en la República Dominicana y los Estados Unidos. La experiencia migratoria, que según el autor debe concebirse siempre como no terminada, se puede entender como una subjetividad nómada, o más precisamente, como “la génesis del nómada dominicano-americano como un tipo distinto y positivo en la diáspora”, basada en la noción de multiplicidad de Deleuze y Guattari. En los textos que analiza, Méndez se pregunta si los autores y los personajes se acomodan a los nuevos espacios producidos por la diáspora, por ejemplo, en las tensiones que se evidencian entre las normas y

conceptos estables (pertinentes a la patria y vistos desde un horizonte nostálgico) y el presente inestable donde el sujeto debe enfrentarse y negociar con una realidad distinta.

En el primer capítulo, se analiza una serie de obras que no han recibido mucha atención crítica –lo que Méndez determina el *memoir*– de los viajes del historiador y ensayista dominicano Pedro Henríquez Ureña a los Estados Unidos a inicios del siglo XX, antes de la época de Trujillo, punto culminante de una definición oficial e ideológica de la dominicanidad. Méndez cuestiona una identidad dominicana estática a favor de una criollización emocional que obedeció a las experiencias de Henríquez Ureña en la zona de contacto y negociación entre su propia cultura –educado como miembro de una clase alta y privilegiada con una cierta consciencia de superioridad– y la cultura norteamericana donde tuvo que enfrentarse con otras realidades raciales como la “línea de color”.

El segundo capítulo se enfoca principalmente en otro recuento autobiográfico, *La luna no era de queso: memorias de infancia* (1988) de José Luis González, y en las negociaciones existenciales del autor como migrante dominicano en el Puerto Rico de los años treinta, con todas las tensiones raciales y culturales que esto implicaba. Aunque la selección de obras canónicas puertorriqueñas en este capítulo incluye cuentos de Ana Lydia Vega y de Magali García Ramis –selección ya realizada por Yolanda Martínez-San Miguel en el tercer capítulo de *Caribe Two Ways* (2003)– Méndez pone un énfasis en yuxtaponer las memorias de González como dominicano-puertorriqueño con las narraciones canónicas de Vega y García Ramis, todo a la luz de una búsqueda de la subjetividad caribeña que se mueva dentro y fuera de los imaginarios nacionales de la República Dominicana y de Puerto Rico. Con esto intenta mostrar que el proceso de criollización emocional se realiza también entre dos culturas no claramente categorizadas como dominante y subalterna.

Los últimos dos capítulos se sitúan en la época actual, y en el mundo de los sujetos dominicanos migrantes que habitan en los Estados Unidos. El tercer capítulo trata de la colección de cuentos titulada *Drown* (1996) de Junot Díaz, la cual Méndez lee como una especie de metáfora de la idea del retorno a la patria. Su argumento principal se basa no en la suposición que este retorno traería la salvación, sino un algo siniestro que produce una ansiedad ante lo extraño, la nostalgia como algo peligroso de lo cual el sujeto debe liberarse para asumir una identidad. La criollización emocional que caracteriza al sujeto diaspórico obedece a las condiciones históricas asociadas con la República, y no sólo al momento de la migración.

En el cuarto capítulo Méndez desarrolla el tema de la deconstrucción de las normas patriarcales (y con esto las normas raciales y sexuales), esta vez en el contexto de los personajes femeninos. Frente al escenario de la ciudad de Nueva York, los conflictos no resueltos (pertinentes a raza, género y etnia) traídos de la patria se reconstruyen en la intersección de los roles de género y de la identidad diaspórica en el espacio norteamericano, otro ejemplo de criollización emocional.

En conclusión, Danny Méndez en *Narratives of Migration* apunta hacia una continuidad histórica más extensa que la generalmente asociada con la literatura dominicana de la migración, para a su vez revelar la forma en que ésta se ha reproducido en una multiplicidad de sitios. Con su valioso análisis, contribuye al actual discurso académico de críticos como Daisy Cocco de Filippis, Franklyn Gutiérrez, y la ya mencionada Yolanda Martínez-San Miguel.

Universidad de Pittsburgh

ARNE ROMANOWSKI

JOSÉ LUIS GASTAÑAGA PONCE DE LEÓN. *Caballero noble desbaratado: Autobiografía e invención en el siglo XVI*. West Lafayette: Purdue University Press, 2012.

En *Caballero noble desbaratado: Autobiografía e invención en el siglo XVI*, José Luis Gastañaga Ponce de León comprueba convincentemente el germen renacentista español del género autobiográfico que aunque se consolida en la Europa del siglo XVIII, está ya presente en las narraciones en primera persona del *Memorial* de Leonor López de Córdoba (siglo XIV), la *Breve suma de la vida y hechos* de Diego García de Paredes (comienzos del siglo XVI), el *Cautiverio y trabajos* de Diego Galán (finales del siglo XVI) y *Caballero noble desbaratado* de Alonso Enríquez de Guzmán (siglo XVI). Aunque el estudio se centra en este último texto, analizarlo en relación a narraciones en primera persona que le preceden permite al estudioso destacar la conexión entre el surgir del género autobiográfico y modelos prestigiosos como la hagiografía, la historiografía y las misceláneas, entre otros.

El libro abre con una detallada introducción de veinte páginas en la cual se indica el eje argumental que seguirá cada capítulo y se introducen algunos elementos biográficos del narrador-personaje de *Caballero noble desbaratado*, Alonso Enríquez de Guzmán, soldado español nacido en Sevilla en 1499 y “desaparecido” en Alemania alrededor de 1547 quien siendo miembro activo de la corte de Carlos V y conocido personal de Felipe II, obtuvo un hábito de la Orden de Santiago, además de ganar “la fama” de “gracioso”, “alocado” y hasta “busca pleitos”. De hecho, sale a las Indias en septiembre de 1534 después de burlar “a los oficiales de la Casa de Contratación” y “espada en mano”, reducir “al maestre de la nave” (3). En Cuzco se involucra y tal vez instiga las riñas entre los Pizarro y Diego de Almagro, razón por la cual fue prendido por Pizarro por orden del rey (1538) y una vez absuelto ante el Consejo de Indias, logra vengarse de Hernando Pizarro “aherrojándolo en el castillo de la Mota [...], donde pasó 21 años” (4).